



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 5.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Febrero 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.—Revista de modas, por J. Balmaseda.—Elegantes trajes de señora y niños.—Vestido para señorita.—Vestido para niña.—Traje para niño de 8 á 12 años.—Vestido con túnica para señora.—Delantal con encaje.—Delantal con plegados y terciopelos.—Sombreros para señoritas.—Sombrero Ruso.—Sombrero Pifferaro.—Sombrero Lanisborouge.—Sombrero Timbale.—Cuerpo para traje de sociedad, para joven.—Cuerpo-coraza escotado.—Cuerpo plegado para baile.—Cuerpo con berta para baile.—Coraza de novedad.—Accesorios para baile: Fichú de encaje sobre tul.—Cuello de encaje y tul.—Cuatro diferentes prendidos

de cintas y flores para baile.—Medallón, joyería de capricho.—Fichú de encaje negro.—Traje para visitas.—Traje para paseo.—Pañuelo bordado.—Puntillas y entredoses bordados en tul.—Porta-agujas de papel cañamazo.—Canastilla de salón.—Lambrequin bordado.—LITERATURA:—El viejo a la montaña, poesía, por Ventura Ruiz Aguilera.—La cruz de piedra, por Adolfo R. Gamez.—Sor Magdalena, por José María Cuenca.—Marina, por Angela Grassi.—Teatros y salones, por Víctor Cuende.—Charadas.—El agua de colonia.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Decididamente los meses de Enero y Febrero son para los salones. Multitud de palacios, empezando por el majestuoso de nuestros reyes, han abierto sus puertas á la sociedad aristocrática, y la proximidad del Carnaval sostiene la animación, siendo aún varias las fiestas que se preparan, unas de traje de sociedad, otras de traje de máscara.

Para los primeros, los vestidos siguen haciéndose ceñidos y largos, muy largos de tallo y de falda, avanzando cada vez el carácter exagerado de la moda actual: señoras ha habido en alguna de las últimas fiestas que se han presentado tan exageradamente ceñidas, que era de un efecto desgraciado; y otras, que han sabido encontrar el justo medio que constituye la verdadera elegancia. Las faldas son verdadero sosten de una complicación de draperías, echarpes y nudos, donde los encajes, los flecos y las plumas se mezclan en combinación artística: los cuerpos-coraza son los únicos admitidos, unos prolongados en frac, otros redondos y á veces oculto su término por echarpes que rodean la falda: el escote es redondo para estas fiestas, repitiendo en berta muy poco abultado el adorno de la falda, y la manga casi nula; un poco de tul recogido, un encaje guardando la bocamanga y rematando en grupo en el hombro con la flor ó el lazo, sirve de remate al brazo, que se ostenta desnudo casi desde el nacimiento. Sin embargo, esta exigencia de la moda, una buena modista la puede alterar en ventaja de sus clientes, porque un brazo demasiado delgado ó excesivamente grueso necesita velarse todo lo posible, y al efecto una combinación de tules y encajes forma una pequeña manga poco abultada y que no puede bajar más que á cubrir unos 12 cents. del brazo. Se ha observado generalmente en las fiestas ya celebradas, que las telas ricas estaban en mayoría, y aún las jóvenes que lucían encantadores vestidos de tul y de tarlatana, no prescindían de coraza y echarpes de damascos, faya ó terciopelo estampado, tela que hace furor en París en estos momentos.

Me hablan en reseñas de aquella capital de la cola postiza, que va haciendo prosélitos, y que, si para trajes de gran ceremonia ó puramente de baile es inadmisibles, porque esos trajes no pueden servir más que para salón, en cambio para uno de terciopelo negro ó de carácter más modesto, puede tener gran aplicación. La cola es un



1 y 2. Traje para niña.

1 Á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

3. Traje para niño.

4. Traje para señora.

medio círculo de la tela del vestido, convenientemente forrado y armado, que se corta en nesgas y se monta á un paño con algunos plegados: este accesorio del vestido, cubierto de plisés alternados con bullones ó encajes, continuando el adorno del vestido, lleva ojales que corresponden á unos botones ocultos debajo del último volante de la falda en la parte de atrás, improvisando así, á un vestido de media cola, una exagerada para salón.

Me hablan de un traje princesa de terciopelo negro con adornos de raso color de oro, cuya cola postiza se componía de plegados menudos de raso y terciopelo, ter-

minados por puntillas negras con trama de oro, de un efecto encantador: el escote redondo volvía en berta de solapas de raso, y el bajo de la manga corta repetía las mismas vueltas, y terminaba por encajes. No obstante, en los trajes de brocado, de raso de colores claros y de faya en los mismos, la cola debe salir de la misma falda. Réstanos decir, para terminar con los trajes de baile, que los últimos colores recomendados por la moda son: flor de tilo, verde sauce y verde rosa, azul agua y hortensia; y como telas el brocado, el terciopelo estampado y las gasas bordadas de felpillas.

Para trajes de máscara es difícil hacer recomendación ninguna, porque cada señora debe estudiar su género de belleza: ya en mi anterior reseña recomendaba los trajes de teatro y los de época, como preferidos este año á los de capricho y alegoría, que por tanto tiempo han convertido á nuestros elegantes en *firmamento ó mariposa*. Los trajes de la edad média, con su aspecto severo y majestuoso; los de bretonas y bearnesas; los de la corte de Luis XV y Luis XVI, serán los más usuales, y los de *pierrrot*, los de *increíble* y los de *mágico* se disputarán el honor de ataviar á los niños.

La moda tiene sus caprichos retrospectivos, y esta sola razón explica que la felpa, olvidada estos últimos años, recobre todo su favor para salidas de baile y teatro: hay felpa color de hoja seca, cardenal, blanca, azul y rosa, que se adornan con vueltas de raso de un color que corte: por ejemplo, con blanco el azul miosótis, y el hoja seca con raso cardenal. Su forma es otra vez la de gran chal ó visita con capucha, que se levanta fijándola á un lado de la cabeza con alfiler de capricho, y á veces de valor: unas veces sus puntas se cruzan por delante, á lo María Antonieta; otras se anudan, y algunas veces estos grandes chalets tienen

cuatro puntas, que dos se anudan por delante y dos descenden sobre la cola de la falda; otros varios modelos hay también para salida de baile; pero en casi todos la felpa representa el principal papel: en algunas, la felpa se guarnece de cisne, y éste, cortado de trecho en trecho por plumas de pavo real: otros modelos de paño y cachemir blanco se bordan de oro y se cierran con doble cruzado de cordón de seda y oro, terminándole por abajo fleco del mismo género.

Como accesorios, os diré que los lazos que adornan trajes y sombreros parece que han sufrido alguna mo-

dificacion: ahora, en lugar de lazadas caídas, se disponen en escarapela y cruz de Malta: la primera con lazadas colocadas en círculo y dos ó tres cabos flotantes; la segunda con lazadas cruzadas en todos sentidos, y las de abajo más largas, figurando el pié de la cruz.

Los peinados son algo menos elevados de adelante, y las flores representan gran papel, enredadas sus ramas flotantes entre los tirabuzones, ó colocadas en grupo entre el peinado. Las flores menudas son las preferidas este año, aunque se han lucido en palacio grupos de flores oscuras y grandes que llevaban la semilla de brillantes y eran de un efecto encantador. Las plumas, sujetas con broches ricos, completan muy bien un peinado; y en algunos, el pelo casi tendido y apenas rizadas las puntas reemplaza á los tirabuzones, que es siempre el peinado propio de salon y baile. Los guantes cada vez más largos; los abanicos de tamaño proporcionado y de pié rico y pinturas finas ó encaje al aire; y como joyería, es la época de lucir la más rica, pero sólo las señoras casadas. Las jóvenes lucirán sencillamente un medallón en una cinta de color ó negra, unas pulseras esclavas sin piedras, y pendientes sencillos. Sus mejores joyas son su juventud, su pureza y su hermosura.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1 y 2. *Traje para niña*.—Desde la primera edad hasta los diez ó doce años, las niñas no llevan más que el vestido á la inglesa, y nuestras lectoras tienen recibidos en el año anterior diferentes patrones de estos vestidos. El que presenta el grabado tiene todas las costuras ribeteadas, cierra en diagonal por delante, y le adornan plegados de seda, echarpe y botones de seda: el núm. 1 es de diagonal azul, y el núm. 2 marrón con los vivos y echarpe de seda caroubier.

3. *Traje para niño*.—Pantalon, chaleco y vesta ó chaqueta larga de paño, con las vueltas de cuello, mangas y bolsillo de seda, guarnecido todo ello de espumones á la máquina. Si el pantalon se quiere que entre dentro de la bota, se hace justo á la pantorrilla con botones y ojales; pero el pantalon de moda es ancho desde la rodilla hasta el pié, que cubre casi enteramente.

4. *Traje para señora*.—Este modelo presenta una forma más de túnica princesa, hecha en lana marrón con rayas de seda de color más claro, adornada de fleco de borlas y lazos de faya. Puede sustituirse el fleco por plegado, y la limosnera va colocada muy atrás: la túnica se recoge en el centro de atrás por algunos pliegues, y los costadillos bajan sueltos para anudarse como un echarpe, orillados de fleco por un lado y con vivo de seda por el otro. Falda de color liso adornada de volantes y plegados.

5 Á 10. BORDADOS EN TUL.—IMITACION DE ENCAJE.

Estos modelos son una imitacion perfecta de los encajes de Malinas, que se bordarán por las indicaciones que presentan los modelos 9 y 10. Pueden ejecutarse sobre tul, hilvanando éste sobre un dibujo que forme un patron duro. Los números citados presentan la manera de hacer primero los calados sin cortar el tul, sino abriéndole con punzon, y luego el contorno con hilo plata más grueso: los bordes del encaje se cordonan cogiendo dos hilos del tul, lo que permite recortarle en picos ú ondas. El hilo para bordar y calar debe ser fino.

11 Y 14. SOMBREROS DE CASTOR.

11. *Sombrero Toque Ruso*.—Es propio para niña y hecho en castor azul marino con fondo puntiagudo y abollado, guarnecido de tira de piel y de otra de terciopelo el fondo: ala encarnada al lado derecho.

12. *Sombrero Timbal*.—Tambien propio para niña; es de castor negro con guirnalda de plumas de avestruz y cordon de seda negro con borlas y escarapelas encarnadas. El ala va forrada de terciopelo.

13. *Sombrero Gainsborough*.—Es propio para señora, y de fieltro marrón ó verde oscuro con el ala de pelo largo: una cinta de igual color rodea el fondo y forma lazo por detras: diadema de terciopelo, con grupo de flores por dentro y pluma por fuera.

14. *Sombrero Pifferaro*.—Es tambien para señora: el fondo de castor negro y los bieses y lazos de seda de color: dos plumas, una negra y otra blanca, se colocan en sentido inverso cada una, y por dentro lleva diadema de seda como los lazos.

15 Y 16. PRENDIDOS PARA BAILE.

Repetimos aquí lo que varias veces hemos dicho: que

para baile lo que más se lleva son grupos de flores prendidas entre el peinado con ramas ligerísimas, caídas por detras; pero, por si alguna señora quiere llevar prendido de cinta y flores, ofrecemos los dos modelos que marcan estos números, y á los que puede agregarse algun encaje entre la cinta si se destinan para señora de alguna edad.

17. PAÑUELO BORDADO.

El fondo, de batista cruda, se corta de un cuadro de 45 centímetros, bordando el jareton con dos cadenetas de dos tonos de un color que forman greca en las puntas, como indica el grabado: las iniciales se bordan á plumetis con los mismos dos tonos de algodón.

18. CUELLO ABIERTO.

Una tira de tul al hilo, de 12 á 14 cents. de anchura y bordada por cualquiera de los modelos 5 á 8, puede servir para este cuello: va plegada de trecho en trecho y armada en cinta de color que termina en lazo con caídas.

19. ROSAS DE MUSELINA Y ENCAJE PARA CORBATA.

Tres bieses de muselina de medio cent. van fruncidos, siguiendo el hilo de la tela, de modo que al encogerse forman rosas con calado en el centro que sirve para ordenar los picos: la del centro cuenta 12, y 8 las de los lados, poniéndolas en el centro de un plegado de encaje que hará lindas puntas para corbata.

20 Y 21. DELANTALES.

Ambos van cortados con nesgas sacadas del mismo paño de faya, que mide 65 cents. de largo.

El núm. 20 lleva como principal adorno un encaje colocado á ondas, y encima un plegado picado y pasamanería: el bolsillo reproduce el mismo adorno y cierra con un lazo que se repite donde cierra la cintura del delantal.

El núm. 21 va adornado de plegados y terciopelo, más estrecho el de encima que el de abajo, y la cinta de terciopelo que cubre el cosido y rodea el delantal es de 3 centímetros: un plegado de 9 cents. de ancho, por 12 de alto, forma bolsillo de punta con vuelta de terciopelo. Cordon y borlas de seda negra.

22 Y 23. CUERPOS PARA TRAJE DE BAILE.

En los meses de Noviembre y Diciembre acaban de recibir nuestras lectoras modelo para estos cuerpos: el primero, plegado, va armado con tela ligera sobre otro cuerpo de seda, y le adornan ruches y volantes de tul ó tarlatana. El segundo, para traje de faya, es de coraza de petos, abrochada por detras, y se adorna con draperie de tul, lazos y flores.

24. MEDALLON. (JOYERÍA DE CAPRICHOS.)

Es de plata, esmaltado de azul, figurando miosótis unidos en guirnalda por clavos de acero: otros semejantes tachonan la cinta de esta joya, propia para jovencita.

25 Á 27. ADORNOS PARA BAILE.

Es una graciosa combinacion de cinta azul clara y flores silvestres, rociado todo de polvo de oro y plata, lo que le da un aspecto seductor: la guirnalda larga entrelazada con cinta es para recoger la túnica; el ramo con cinta es para el hombro izquierdo, y el lazo sin flores para el peinado.

28. CUERPO-CORAZA ESCOTADO.

(Patron en el mes de Noviembre.)

Es de seda color de rosa, abotonado por delante y guarnecido de biés; la berta de puntas la forman plegados de tul rosa, con ruche del mismo, alrededor, y terciopelo negro en el centro: esta berta se abre en doble punta en el pecho, espalda y hombros.

29. FICHÚ DE ENCAJE SOBRE TUL.

Este fichú, de encaje Chantilly ó Brusélas, es un triángulo de 65 cents. de los lados y 200 del lado del biés, anudándose las puntas por delante, y una sujetándose con un lazo á la cintura. Puede bordarse este fichú por el sistema que presentan los modelos 5 á 10, poniendo cenefa más ancha.

30. CUERPO PARA TRAJE DE SOCIEDAD.

Una guirnalda de pluma y una ruche de crespon guarnecen este escote, cuadrado, con mangas bullonadas de tul blanco, que llegan sólo al codo y terminan con dos volantes de encaje y una cinta con lazo encima: este cuerpo puede corresponder á una falda lisa de terciopelo ó faya, pudiendo ser las mangas blancas ó negras.

31 Á 33. CORAZA CON LA ESPALDA DE MUCHOS PEDAZOS.

Patron de este género de cuerpos tienen recibido nuestras lectoras en Setiembre y en Diciembre, debiendo emplearse en vestidos de dos telas para que resalten las piezas: la del centro, que lleva costura en medio, termina con solapa en la aldeta y plegados en la abertura, disminuyendo á medida que suben. El delantero de este cuerpo le presenta el núm. 32, y el croquis núm. 33 acaba de hacerle comprensible. El delantero se hace de tela brochada, con el cuello y chaleco de tela lisa, empleándose ambas alternadas en la espalda.

La falda que corresponde á este cuerpo es de echarpes de las dos telas, y el adorno de manga debe emplearlas tambien.

34 Á 36. CANASTILLA.

Por el presente modelo podrán adornar nuestras lectoras las canastillas, cualquiera que sea su forma: fórrase por dentro de percalina de color, y por fuera con las cenefas picadas en paño que ofrecen los núms. 35 y 36, y que se bordan á puntos largos con lanas de colores fuertes: ambas tiras sirven para orillar un bullon de seda, y completan la canastilla cuatro lazos de cinta.

37. PORTA-AGUJAS.

Papel cañamazo.

Cada una de las tapas tiene ocho cents. de largo por seis de ancho, y se forran de seda de color, despues de bordada la cenefa á punto grande de lomillo conseda de color, y de pegar en el centro un ramo á la acuarela ó de calcomanía: nuestro modelo le ofrece de violetas forrado de seda de igual color, y entre ambas tapas se fijan las franelas picadas para las agujas, cerrando con lazo y adornando con lazos los extremos.

38. FICHÚ DE ENCAJE NEGRO.

Tiene punta por detras y cruza por delante con un lazo ó una flor, formándole una tira de tul doble de 130 cents. de largo por cinco de ancho, cubierto por un entredos en medio de dos encajes y fleco al pié: en nuestros modelos se hallarán algunos propios para los encajes.

39 Y 40. CANASTILLA MONTADA.

La armadura de junco dorado tiene 44 cents. de altura, y figura tres *plateaus* de distintos tamaños adornados con lambrequines, y cada uno destinado á objetos distintos de labores, lo que la hace muy cómoda para el centro de un velador de costura. El núm. 40 ofrece modelo para los lambrequines de raso ó cachemir bordados á punto ruso y guarnecidos de una puntilla de *frivolité* hecha con lana fina ó seda.

41. TRAJE PARA VISITAS.

Es una combinacion de terciopelo azul y faya de igual color: el cuerpo de terciopelo se abre sobre chaleco de seda, y la túnica de terciopelo se abre de los lados para dejar ver la falda adornada de plegados iguales al que guarnece la túnica y chaqueta. Vuelta de terciopelo en la manga de seda.

42. TRAJE PARA PASEO.

Este vestido, de dos telas distintas, lleva la falda adornada de plegados de ambas telas, uno á tablas, y otro en plisé: la túnica, forma Princesa, va adornada de plegado del otro color, y por detras los paños añadidos á la aldeta de la espalda, reduciendo su vuelo por pliegues sujetos por botones y lazo, debiendo forrar la parte superior, que vuelve en cabeza: un echarpe del otro color atraviesa la túnica por delante y va á perderse en la costura del costado.

JOAQUINA BALMASEDA.



AS PENINSULARES.

Con este título acaba de publicar J. Simões Dias, uno de los primeros y más celebrados ingenios del Parnaso portugués contemporáneo, una nueva edicion de sus obras poéticas, en dos volúmenes lujosamente impresos. No es nuestro ánimo, por ahora, hacer el detenido examen que la importancia de la obra merece, sino únicamente presentar una muestra de las sobresalientes dotes de su autor, en la traduccion que de una de las composiciones, en aquella contenidas, ha hecho D. Ventura Ruiz

HOS PEDAZOS
recibido nues
debiendo em
e resalten las
edio, termina
ertura, dismi
de este cuer
33 acaba de
de tela bro
empleándose

s de echarpes
de emplearlas

nuestras lec
orma: fórras
a con las ce
s. 35 y 36, y
colores fuer
on de seda, y
a.

de largo por
, despues de
conseda de
cuarela ó de
etas forrado
se fijan las
con lazo y

ante con un
oble de 130
por un entre
nuestros mo
cajes.

s. de altura,
ornados con
os distintos
el centro de
elo para los
punto ruso
ha con lana

ya de igual
chaleco de
lados para
tales al que
lopolo en la

falda ador
e, y otro en
da de ple
adidos á la
oliegues su
parte super
otro color
e en la cos

EDA.



Dias, uno
el Parnaso
on de sus
impresos.
enido exá
no única
ntes dotes
s composi
tura Ruiz



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2.^a II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Aguil
ro y
traba
ca á f
es un
cuerda
presen
ciones
tía en
minu
palab
Todos
vez, c
carga
afren
no es
tado.
ducci
nha y
diéran
capaz

Aguilera, siguiendo fielmente el original, así en el metro y sus combinaciones, como en el estilo y el lenguaje, trabajo cuyas dificultades sólo comprenderá quien conozca á fondo la índole de los dos idiomas. J. Simões Dias es un gran poeta de sentido moderno, cuya lira tiene cuerdas en las cuales vibran todos los acentos de la edad presente; y como justificantes del título de sus inspiraciones, preciosos cantos que despiertan profunda simpatía en los dos pueblos peninsulares, sin que pueda el más minucioso cuidado encontrar en toda la obra ni una sola palabra que hiera la susceptibilidad de sus compatriotas. Todos los tonos le son igualmente familiares; y si alguna vez, como en la *Hostia d'ouro*, su vena humorística descarga su justa indignación y su ironía sobre figuras que afrentan con sus torpezas la dignidad de su ministerio, no es lícito acusarle de impío, según parece se ha intentado. Quien ha escrito *O velho da montanha*, cuya traducción va al pie de estas líneas, *Juxta crucem*, *Ladainha* y otras muchas poesías, no ménos notables, que pudiéramos citar, es un alma profundamente religiosa, incapaz de herir nada que sea respetable y santo.

EL VIEJO DE LA MONTAÑA.

Á mí venid, ¡oh niños!
Subamos á ese monte;
Desde él se mira al lejos
Vastísimo horizonte.

Tus bellas alas dame,
Alegre bando y puro,
Consuelo del presente,
Promesa del futuro.....

¡Así! Desde esta cumbre
Más lejos se ve el mundo,
Y el manto más se extiende
Del cielo azul profundo.

Aquí más cerca estamos
Del Dios ¡oh pequeñuelos!
Que en su gigante diestra
Suspende mar y cielos.

Hablando con vosotras,
Ingenuas criaturas,
Se templan del que sufre
Las hondas amarguras.

Venid á la llamada
Del leal acento mío,
Y reclinad las frentes
En este pecho frío,

Que se abrirá á vosotros
Como tesoro santo
Á dulces alegrías
Cerrado tiempo tanto.

Vosotros, que sois buenos,
Comprenderéis si es justo
Que os hable en tan solemne
Momento y tan augusto;

Hora en que lo creado,
Al espirar el día,
Á mundos nos eleva
De eterna poesía;

Hora de arrobamiento,
Instante asaz propicio,
VIRTUD, para erigirte
Altars sobre el vicio.

¡No veis allá, muy lejos,
Brillar enorme fragua,
Un rojo incendio, un mundo
Hundiéndose en el agua?

Dios sólo es EL que sabe
La ley que lo domina;
ÉL, que á la mar lo lleva,
Lo trajo á esta colina;

ÉL, de quien es retrato
El sol que ahora se esconde;
Luz de justicia eterna
Que á su ideal responde.

La miés, que en rubias olas
Agita el viento á veces,
Es fruto del trabajo,
De lágrimas y preces,

Que siempre Dios bendice
Con brazo generoso:
¡Oh! quien trabaja y ora
Es santo y es dichoso.

Trabajad, pequeñuelos:
No sólo para grato
Deleite de los ojos,
O universal ornato,

Creóse lo existente:
Si el alma nuestra oprime
Desde estas altas cimas
Grandeza tan sublime,

Al cielo, al par, la sube,

Y testimonio es cierto
Del SÉR que de los orbes
Formara el gran concierto.

Amad á Dios, confiando
Que en tanta maravilla
Nos habla, pues en todas
Su inmenso poder brilla.

¡Oh, cuánto me consuelo
Hablando de estas cosas
Con niños cuyas almas
Celestes, candorosas,

Son todas alegría,
Sonrisas y luz pura,
Sin sombras de pesares
Que nublen su ventura!

Hablaros, siendo espejos
De amor y de inocencia,
Es sorprender la vida
En la íntima conciencia;

Es cuasi estar hablando
Con Dios, que en ella mora,
Y os habla con voz suave
Del cielo á toda hora.

¡Oh, cuánto fortalece
Mi espíritu apenado,
Besar frentes intactas
De besos del pecado!

Bando infantil, al verte
Paréceme el ovario
De la legion que un día,
En próximo Calvario,

De la verdad irguiendo
Los santos estandartes,
Alcanzará que el hombre
Los siga en todas partes.

En tí confío—implume,
Débil nidada ahora—
Que piando estás alegre
Mientras el mundo llora.

Por tí darán al mundo,
Tal vez en breve plazo,
La Paz su dulce beso,
La Libertad su abrazo.

Tú harás que otra vez sea
El Evangelio espejo;
Hoy, libro es que no leen
Los hombres..... porque es viejo!

¡Como si el Verbo Eterno
También edad tuviese,
Ó la Verdad un día
Mentira en ésta fuese!

Dirás que los ancianos
De nuestra edad murieron
Ya cerca de una gloria
Que sólo en sueños vieron.

Su luz por norte y guía,
Ireis las nuevas greyes,
Creando otras costumbres,
Dictando nuevas leyes.

De cada escuela pobre,
Raquítica y pequeña,
Que mal el bien ahora
Y bien el mal enseña,

Un templo hareis; y erguida
Sobre él la Cruz cristiana,
Abiertos ambos brazos
Á la familia humana,

Brillando para todos,
Los llamará algún día,
Cuya rosada aurora
Presiente el alma mía.

Dareis pan y cariño
Al flaco y al hambriento,
Y al sano, que mendiga,
Trabajo y alimento.

Porque el trabajo ¡oh niños,
Que aún no lo comprendisteis!
Da paz, ventura, gloria,
Cuanto anhelar pudisteis.

No es el trabajo pena,
Es galardón debido
Al que con alma y brazo
Campeón del bien ha sido.

Del porvenir obreros,
Por él habreis fundado
De amor y de justicia
El reino desecado.

Pero jamás ingrata
Os sea la memoria
Con quien os hizo fácil
La vía de esa gloria.

No es justo que los mozos

Desprecien á los viejos,
De quienes pan reciben,
Caricias y consejos;
Á los que en vuestras frentes
La aurora saludaron,
Que llenos de inquietudes
Y sin cesar soñaron;
Que por la patria dieron,
Al estallar los tiros,
Su sangre generosa,
Sus últimos suspiros;

Que por la santa causa
De libertad del mundo
Murieron desterrados,
Viendo en dolor profundo
Y en orfandad los hijos,
Y pobres y desnudas
Y sin amparo viendo
Las infelices viudas.

Mas ¡oh! pavor no os cause,
Con triste aspecto vario,
De esos recuerdos crueles
El fúnebre sudario.

Ya nunca tales tiempos
(¡Dios loado!) verá el hombre;
Y si tornaren ¡oh hijos!
Memoria, ejemplo y nombre

Honrad de vuestros padres,
En la conciencia escritos;
Y ántes el pan amargo
Comed de los proscritos,

Que bajo techo de oro
Vivir esclavo un día,
Ó mendigar de grandes
La estrecha simpatía.

¡Dios! ¡La Virtud!... descubro
Ante ellos mi cabeza,
Que ni su amor es vano,
Ni viento su grandeza.

Sed virtuosos, hijos
De la naciente era,
Futuros timoneros
De la Verdad austera.

¡Generación que pasa!
La que llega, en tu llanto
El redentor bautismo
reciba y óleo santo.

¡Dios! ¡Patria! dad por ellos
El alma con la vida;
Y entónces á la tierra
Llegando, prometida,

Nuevos Josués triunfantes,
Grito lanzad gozoso:
—¡Por Dios y por la patria
Morir... y hallar reposo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Diciembre de 1876.

LA CRUZ DE PIEDRA.

(Continuacion.)

II.

Algunos años despues de lo narrado, me encontraba en Madrid incidentalmente; visitaba con frecuencia la casa de la excelente marquesa de F., cuya señora, amiga de colegio de mi madre, me distinguía siempre con una solicitud cariñosa, al paso que sus dos hermosas hijas no me habian desmentido nunca la sincera amistad con que correspondian á la mía.

Una mañana llegué á la hora del almuerzo; penetré sin obstáculo en el comedor y encontré á mi anciana amiga muy conmovida y con recientes señales de llanto en su noble y ajado semblante.

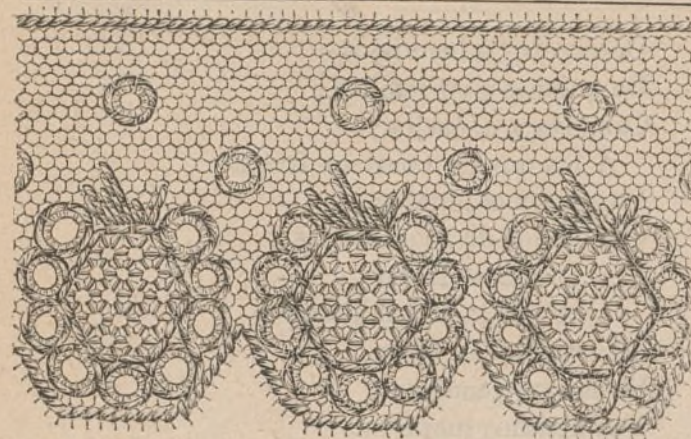
Me senté á su lado, y con ese cariño que inspiran los años, le pregunté por la causa de su tristeza.

Ella suspiró y me dijo:

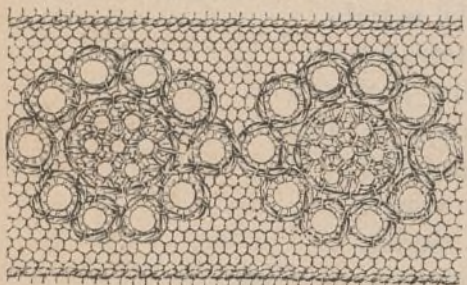
—Acaba de morir una de mis mejores amigas, la baronesa de G., virtuosa señora que ha vivido mártir y ha muerto en la desgracia; yo la quería mucho; he hecho, hace bastantes años, por ella, cuanto me ha sido dable, con mi fortuna y con mi afecto, para aliviar sus desdichas: hace un rato he sabido me nombraba su única heredera, por medio de una carta que tenía escrita al intento, dentro de una cajita de papel en que hay unos apuntes reservados y esta pulsera, la sola cosa de valor que poseía, si prescindimos de las deudas que aparecen en favor de ella.

Al decir esta pulsera, habia indicado una que llevaba colocada en el brazo izquierdo; llamó mi atención y la supliqué me permitiera reconocerla; hizolo así, y una vez en mi mano la pulsera, quedé sorprendido.

Era una alhaja modesta; se componía de piezas



5. Encaje bordado en tul. (Véanse los núms. 9 y 10.)



6. Entredos bordado en tul. (Véanse los núms. 9 y 10.)

esa inscripción, por lo que he notado en tu semblante; y con los que yo te añadía me ayudarás a una buena obra; ya hablarémos reservadamente sobre esto, pues existen en mi poder papeles de importancia, cuyo contenido sabrás cuando yo esté tranquila y nos hallemos solos.

En estos momentos principió a servirse el café.

Era la marquesa una señora que podría contar unos sesenta y cuatro años, alta, gruesa y bien conservada todavía, cuyo mérito resaltaba más por una elegancia seria, conveniente a su edad, en el peinado y traje, y ese aire distinguido que imprime el talento y la fortuna a la buena sociedad.

Su educación había sido esmeradísima y sus conocimientos en muchos ramos científicos se sobreponían a la esfera vulgar que dominan las damas españolas, por más que se las reconozca claro talento, y en téis general a propósito para adquirirlos, si se hubieren educado con opulencia en el extranjero, como sucedía a esta señora.

Siempre digna y razonable, unía a la amabilidad natural de su carácter esa manera de tratar a todos, que infunde respeto a la vez que confianza y cariño.

Sus hijas distaban mucho de ella en ilustración y carácter; Rosalía era activa y estaba engreída con su matrimonio; Hortensia era fría de corazón, envidiosa a veces, de ménos valor físico que su hermana, y en medio de esto tenía una fatuidad insufrible al presumir de erudita, y esto hacerlo siempre en tono despectivo.

20. Delantal con encaje y pasamanería.

Vivían todos juntos y muchas veces temí que al fallecimiento de la madre se desquiciara aquella casa, en vista de que no reinaba la mejor armonía entre las dos hermanas, si bien aparentemente se idolatraban y manifestaban un cariño ciego hacia la marquesa.

Existe algo oculto en la vida de algunos seres, que a primera vista se transparenta en la fisonomía de la persona; quizá la de la marquesa participaba de ese tinte melancólico que presta la incertidumbre o la pena, porque su sonrisa era forzada y su mirada tenía algo de sombría.

Sin embargo, aquella señora inculcaba en el ánimo de sus hijas las mejores máximas que las buenas madres de familia deben observar; los consejos más saludables que pudiera entregar a una conciencia pura, los principios honrados y religiosos del bien obrar.

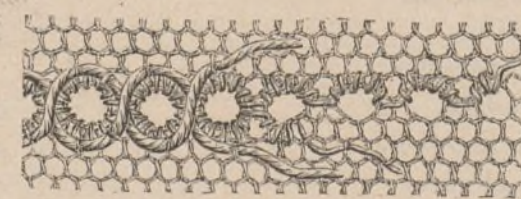
Sus hijas habían alguna vez intentado sondear el secreto que la madre guardaba, pero eran vanas sus maquinaciones porque se estrellaban ante un muro de silencio y abnegación imposibles de destruir; por otra parte, ninguna de ellas era a propósito para obtener un favor confidencial de la anciana.

Hortensia tenía un carácter voluble, y su hermana también se dejaba arrastrar por esa pendiente, vulgar en nuestra sociedad, que conduce al ridículo cuando creen los autores llegar a la elegancia.

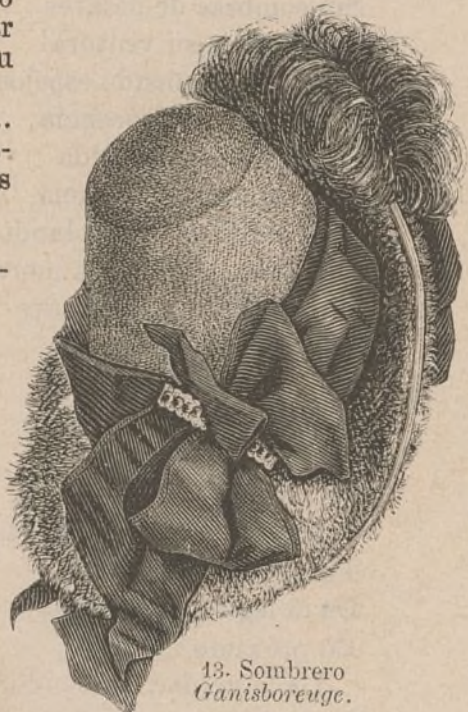
Sus esposos, comerciantes de alta banca, sólo pensaban en el alza o baja de sus valores, y en medrar a costa de los incautos que depositaban sus intereses a su cuidado, y después de este para ellos principal asunto, llenaban su imaginación sus esposas, más como

objetos de lujo que como pedazos de su corazón, ocupando la misma línea que las diversiones y los asuntos de sus relaciones.

La voz de la doncella nos hizo abandonar el comedor, al manifestar estaba dispuesto el coche para paseo; todos nos despedimos, y mientras la marquesa se retiraba a sus habitaciones, y sus hijas marchaban a la Castellana, yo me dirigí hacia mi modesta casa.

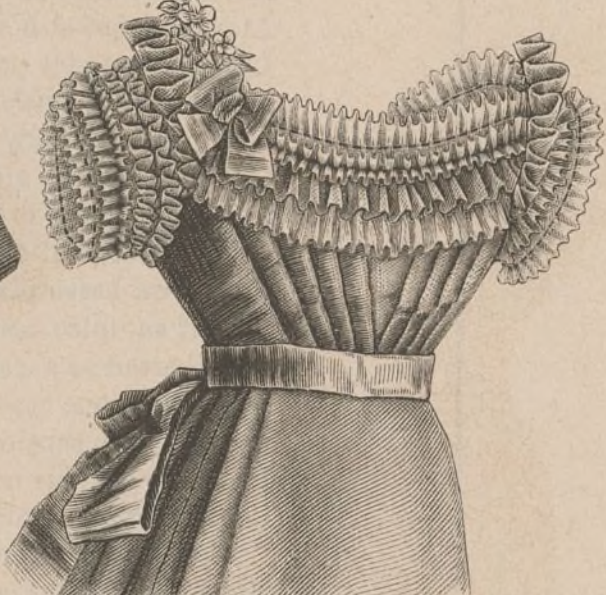


9. Modelo para los encajes 5 a 8.



13. Sombrero Gambouge.

15. Prendido para baile.



22. Cuerpo plegado para baile.



18. Cuello abierto.



17. Cuello bordado.



20. Faldas para corbata.



21. Pedalier Joyería de capricho.



23. Cruzas escotada para baile.



27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.



28. Cuerpo-cruz escotada.



29. Faldón de encaje sobre tul.

10. Modelo para los encajes 5 a 8.

dor, al manifestar estaba dispuesto el coche para paseo; todos nos despedimos, y mientras la marquesa se retiraba a sus habitaciones, y sus hijas marchaban a la Castellana, yo me dirigí hacia mi modesta casa.

III.

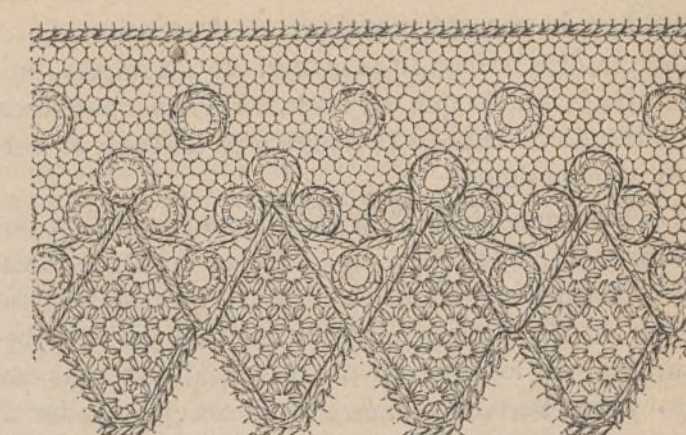
No sabía qué dirección sería más corta para encerrarme en mi gabinete, una vez ya en casa, con objeto de registrar mis papeles y encontrar el nombre y la fecha que había tomado un día del lienzo de pared de la ermita de San Antonio el pobre.

Atravesé precipitadamente un pasillo corto: no escuché lo que al paso me decía el criado; tomé dos cartas que me presentó, y lo hice tan maquinalmente que se quedaron cerradas sobre el pupitre hasta el día siguiente; di orden de no estar visible para nadie, de que ninguno me hablara, ni me interrumpieran bajo ningún pretexto mientras no avisara con el timbre.

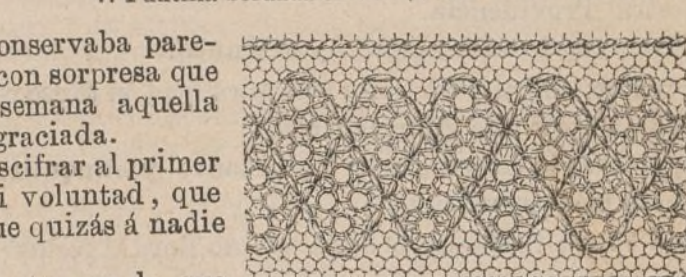
Leí despacio la cita que había tomado de la pulsera: busqué en mis apuntes de viajes la que conservaba parecida; las comparé, observando con sorpresa que en el intervalo de sólo una semana aquella Josefina había sido feliz y desgraciada.

Aquel enigma no lo podía descifrar al primer golpe de vista, en contra de mi voluntad, que se obstinaba por descubrir lo que quizás a nadie despertara interés.

—Y a mí ¿qué me interesa esto, sea lo que fuere, para buscarlo con tan decidido empeño? pensé más de una vez.



7. Puntilla bordada en tul. (Véanse los núms. 9 y 10.)



8. Entredos bordado en tul. (Véanse los núms. 9 y 10.)

Pero ello era que la curiosidad me acosaba con una mezcla de algo que atribuía hasta providencial para mí, ó para algún ser cuya felicidad pudiera estribar algún día en el relato que se desprendiese de aquellos documentos.

Procuré distraerme leyendo lo que primero encontré a mano; sin embargo, tenía dos cartas cerradas delante de mis ojos; conocía la letra del sobre de una de ellas, y ni siquiera rompí el lacre que las guardaba: una criada, quebrantando la consigna que tenía, entreabrió la puerta, diciéndome dulcemente:

—Señorito, es cosa urgente; la comida, que está dispuesta más de dos horas hace, y aunque V. piense en algo, su estómago de V. la necesita ya.

—Tienes razón; la contesté; no había pensado en ella; pero los demás ¿han comido ya?

—Pues claro; V. va a sentarse sólo a la mesa.

—No me desagrada eso, y más todavía cuando creo que ahora se me ha desarrollado de pronto el apetito y no tendré testigos que me digan gloton.

—El único testigo será yo, que le serviré; y mientras tanto, si V. quiere, le contestaré a lo que me pregunte.

Aquella proposición, confieso ingenuamente, no me desagradó del todo, y entonces reparé en la chica, dirigiéndome tras de ella al comedor.

Era lugareña y joven; se expresaba con inocencia, y en medio de sus modales bruscos y de su expresión tosca no carecía de sencillez, dando realce a su figura, cuyo valor físico, por sí, no podía sobresalir mucho, ese color que imprime la salud en el rostro y esas miradas inocentes que ni mienten ni engañan.

—Refiéreme, muchacha, le dije al servirme la sopa, algo de tu vida y cómo ha sido venir a esta casa.

—¡Vaya una cosa! Un memorialista me trajo.

—Pero ¿hace mucho que estás en Madrid?

—Ahora, no señor; hace poco tiempo vine; pero hace años estuve por aquí algunos meses.

—¿De dónde eres?

—De Aragón: nací en Huesca, y mi padre, que era armero, no tenía trabajo allí y le ofrecieron una colocación en casa de un amigo, hace algunos años, que vivía aquí, en la calle de la Salud.

—Y ¿eso hace mucho tiempo?

—Unos ocho años; yo era muy niña, y apenas lo recuerdo.

—¿Y qué?... ¿hicisteis fortuna?... ¿Ganó mucho tu padre?...

—Recien llegados, un protector le daba un buen jornal, y mi madre y yo estábamos muy contentas; después principió a enfermarse mi padre, y a los pocos meses nos dejó sumidas en la miseria, abandonándonos para siempre.

Dos gruesas lágrimas rodaron por el rostro de la joven, y el delantal las disipó luego; al poco rato continuó:

Mi madre, al quedarse viuda entró conmigo al servicio de una señora excelente, que ocupaba una posición distinguida y nos acogió de tal manera, que jamás he olvidado sus ha-

lago y caricias: ¡pobre señora mía!... Y volvieron sus lágrimas a rodar por las mejillas.

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

—Pero, muchacha, la objeté, ¿a qué viene ese llanto? ¿Acaso ha muerto?...

31. Coraza de muchas piezas. (Véanse los núms. 32 y 33.)

—Sí señor; ha muerto, y rodeada de desgracias.

—Bien, la dije buscando la manera de distraerla, po que maldita la gracia que me hacía verla hacer pucheros: sigue contando de cuando tu madre y tú estábais al servicio de aquella señora.

—Si es la misma; mire V: la conocimos porque habitaba el cuarto principal de la casa en que nosotros teníamos la bohardilla; pero era tan buena, que cuando me tropezaba en la escalera siempre me llamaba y me besaba: un día de los que mi padre se hallaba más empeorado y no teníamos nada en mi casa que vender ni empeñar, me vió llorando y nos socorrió; desde aquel día fué nuestra Providencia.

La joven volvió á los suspiros y al llanto.

—Serénate, chica, y no llores así; mira que, si te escuchan, van á creer que yo te maltrato.

Mis palabras la convencieron algun tanto, y tranquilizándose un poco, continuó:

—Deje V. que la sienta; el alma que no llora al recuerdo de un beneficio no es noble; quien no conserva en su corazón el agradecimiento no puede tener ninguna virtud, ni puede aguardar un porvenir tranquilo y feliz.

Esta lógica me dejó un poco aturrido, y la dije:

—Bueno es que la sientas y tengas sobrada razón en lo que dices; pero si quieres que acabe de escuchar tu relato, prométeme no llorar hasta que me vaya á mi habitación y te quedas sola.

—Pues, como iba diciendo, replicó más animada, cuando mi padre murió, al vernos desamparadas nos recogió, y en su casa pasamos la mejor época de nuestra vida. Vivía sola; era viuda de un baron que, al dejarle el título, lo había hecho también de algunos bienes de importancia, que tenía en pleito no sé por qué cosas. Los criados éramos varios; ella era joven, hermosa, con un carácter como el de un ángel.

—Y ¿se casó de nuevo?...

—No lo sé; eso lo ha ocultado siempre; nosotras estuvimos allí algunos meses, y dijo que iba á enlazarse con un caballero muy bueno, pero que tenía que hacer un viaje largo, y no sabía si despues podría volver á Madrid: desbarató la casa; á nosotras nos socorrió, y con la cantidad que nos dió volvimos á nuestro país, y allí mi madre que sabía bruñir metales ganaba algo en una platería, y yo trabajaba también en costura.

—Y ¿no supiste más de ella?

—Sí señor; si ya le he dicho que la he visto morir hace apenas tres días; pero todo no lo puedo contar al mismo tiempo; tenga usted calma y lo irá sabiendo.

—Bien, mujer; te escucho con paciencia.

—Una vez nos escribió, como había prometido, fechando la carta en Murcia, diciéndonos que pensando ser feliz era muy desdichada y...

—¿Cómo se llamaba? la interrumpí bruscamente.

—¡Jesus, señorito, qué ojos pone V.! Se llamaba doña Josefina.

—Basta; sigue la historia, que me interesa, dije á la estupefacta muchacha; y luego para mí añadí:

—Hé aquí el hilo de lo que buscaba.

Ella, con alguna extrañeza, continuó:

—A esa carta siguieron otras, de tarde en tarde, cuyo contenido ignoro, porque mi madre era la única que se enteraba de ellas, y luego las rompía despues que eran contestadas; diciendo á mis preguntas que la señora estaba muy triste y viajaba por el extranjero.

—Y ¿qué más? No te detengas.

—Pero, señorito, ¿ha perdido V. el juicio? ¡Cuidado que se pone V. de una manera, que me da temor!

—No te dé cuidado; es que estoy nervioso y tengo curiosidad por saber en qué paró todo eso.

—A los cuatro años mi madre cayó mortalmente enferma y me llamó junto á su cama, dándome un pliego grande y lacrado, delante del confesor, para que cuando la señora me lo pidiera se lo entregase con la mayor reserva; pero no se incomode V. si lloro, que no soy de piedra, y al acordarme de mi madre...

—Vamos, vamos, no volvamos á eso; tiempo te queda para llorarla; que cuanto más tiempo pase más la echarás de menos; sigue con lo que ibas diciendo.

—Cuando quedé huérfana, me recogieron unos parientes y deposité el pliego en casa del confesor, el cual abría las cartas que venían de la señora para mi madre y me decía estaba buena; luego la anuncié su muerte y lo que la guardábamos; nos escribió de vez en cuando, hasta que hace unos dos años me envió una letra en una de ellas, y me dijo me viniese á Madrid con ella.

—Y ¿qué sucedió al verla y entregarla el pliego?

—Nada; no parecía la misma; estaba tan estropeada y tan pobre... Lloraba mucho y los sentimientos la han de haber muerto; yo he estado con ella hasta el último instante; pero despues, y mientras una señora muy caritativa, amiga suya, no me encuentra una buena colocación,

me ha dicho que me viniera aquí, cuya casa me proporcionó el memorialista de esta calle.

—Y al fin de todo, ¿se casó?...

—Ya le he dicho á V. que no lo sé; la señora me llama.

Y desapareció del comedor la muchacha, mientras yo, más meditabundo que antes, pero algo satisfecha mi curiosidad por aquella casualidad, volví de nuevo á mi gabinete queriendo sacar deducciones de todo aquello.

(Se continuará.)

ADOLFO R. GAMEZ.

SOR MAGDALENA.

NOVELA

POR JOSÉ MARÍA CUENCA.

(Continuación.)

VI.

Julia tenía seis años más que su prima Laura, y muchas menos buenas dotes físicas y morales. Era orgullosa y altiva recordando sus riquezas y su alta alcurnia, y envidiosa cuando contemplaba ante la verdad del espejo lo poco que tenía que agradecer á la naturaleza.

De mediana estatura, estrecha de hombros, delgado y huesoso el cuello, los ojos pequeños y hundidos, la tez pálida biliosa, los pómulos salientes, delgados los labios, contraídos siempre por un gesto que, queriéndolo hacer sonrisa burlona y maliciosa, sólo era un guiño ridículo.

De vehementes pasiones y resoluciones audaces, de ardiente imaginación y no escaso talento, bien dirigida, en otro hogar menos egoísta, á pesar de su fealdad, hubiera sido una mujer notable. Pero la adulación de los criados, la libertad que gozaba para saciar sus caprichos, el abandono y los poco edificantes ejemplos de su familia, la habían hecho temible y peligrosa. Acostumbrada á ser obedecida en su casa sin discusión ni comentarios, la menor contrariedad de la vida la exasperaba, y para salir adelante con su idea no reparaba en los medios.

Á pesar de la fama de su riqueza, se había visto siempre poco obsequiada: su altivez y el gesto de sus labios alejaban de su lado los pretendientes.

Esta soledad del corazón fué posteriormente el tormento de Julia y la causa de haberse vuelto envidiosa: los triunfos de sus amigas la mortificaban horriblemente. Intrigas, calumnias, coqueterías más ó menos permitidas, todo lo ponía en juego para vengarse: era una lucha sin fin que poco á poco iba empeorando su carácter.

Pero hacía ya un año que dejaba en paz á sus amigas y no se ocupaba de ellas. La pasión, que tarde ó temprano, más ó menos imperiosa, domina á todos los mortales, dominaba también á Julia, haciéndola sufrir con usura cuanto había hecho penar á las demás.

Amaba, y amaba con toda la vehemencia de su carácter, á quien, lejos de corresponderla, se complacía en atormentarla. La dejaba entrever paraísos de felicidad, y la precipitaba despues en infiernos de dudas y celos.

Era el baron de San Andres oriundo de antiquísima familia, seductor de oficio, espadachin de profesión, joven, elegante, de maneras distinguidas, lujosos coches, magníficos caballos, espléndida casa.

Hacía mucho tiempo que había devorado la pingüe herencia que su padre le dejó al morir. Era público y notorio que estaba arruinado y lleno de deudas; pero como no disminuía su tren ni pedía prestado en las casas donde iba á comer y á bailar, y había de ser el heredero de un hermano de su madre, duque y grande de España, muy rico y muy enfermo, era como dicen en: *L'elixir d'amore*, del rico Nemorino: *il gallo della checca*, el niño mimado de los salones aristocráticos.

Solía ausentarse de Madrid con frecuencia desde que estaba arruinado. Los murmuradores, pícaros raza que ha de encontrarse siempre en todas partes, y en todo se ha de meter aunque no le importe; los murmuradores, digo, aseguraban unos, que iba á jugar á los grandes círculos extranjeros, porque tenía habilidad para seducir á la suerte fuera de su patria; otros, que por huir de los acreedores que le atormentaban, á pesar de la perspectiva de la herencia; yo nada puedo afirmar. Lo que sí me consta es, que si no se casaba con Julia no era porque la encontraba fea, sino porque á su juicio no era bastante rica para sacrificarle su libertad. Amaba demasiado su vida de soltero, sus placeres, el entusiasmo con que se le recibía por todas partes; y como, además, ya de un modo ya de otro, no le faltaban recursos para sostener su gran boato, podía esperar tranquilamente á que Dios dispusiera de su tío.

Cuando Laura llegó á Madrid, estaba el baron ausente.

VII.

—Preciso es que te decidas, decía la marquesa á Laura. Ha terminado el año de luto, no hay ya pretexto para

llevar en palabras al conde de Blanca. Es un gran partido que te conviene por todos estilos. Riquísimo, de nobleza tan antigua como la nuestra...

—Y embajador de España en Rusia, añadió Julia.

Este era el secreto, el gran interés que la marquesa, y sobre todo Julia, tenían en casar á Laura con el conde de Blanca.

Julia quería alejar á su prima de Madrid antes que volviera de su viaje el baron de San Andres. Desde que había visto á Laura tan bella y seductora, y la preponderancia que de día en día iba adquiriendo en los salones, no la abandonaba un momento la idea de que el baron pudiera enamorarse de ella.

La marquesa tampoco estaba muy satisfecha de la presencia de Laura en su casa. Á pesar de sus cuarenta años, tenía sus pretensiones, y la juventud de su sobrina la traía muy preocupada. Ya en más de una ocasión, con toda la finura y buena crianza con que pueden darse á conocer esas cosas, la marquesa y su hija habían dejado comprender á Laura que las incomodaba tan larga permanencia, echándole en cara su dificultad en elegir esposo.

Lo cierto era que en los partidos que se presentaban á Laura había más para halagar el orgullo que para entusiasmar el corazón. Los jóvenes no suelen casarse ya por amor, y Laura no era rica. Los jóvenes la prodigaban mil galanterías, murmuraban á su oído frases seductoras, la seguían á todas partes, la admiraban y la adulaban, pero sólo tres señores de edad madura, hastiados de placeres, desengañados del mundo, habían manifestado deseos de casarse con ella. El general conde de Leon, el duque de Abanilla, caballero mayor de la reina doña Isabel, y el conde de Blanca, embajador de España en Rusia.

Este último era el protegido de la marquesa y de Julia, y también el que menos feliz podía hacer á Laura. Había llegado á los cincuenta años sin conocer otra pasión que la ambición, y no sería aventurado asegurar que ofrecía su mano á Laura más que por amor, por orgullo de ser dueño de tanta belleza, y que en vez de elegir compañera de su vida y guardiana de su hogar, buscaba quien le ayudase á recibir en sus convites diplomáticos y un magnífico adorno para su salón de embajador.

VIII.

Si Laura no había nacido desgraciada, no se podía encontrar cosa más parecida.

Su corazón era todo amor, entusiasmo, sentimiento: había amado con idolatría á su madre, había sido esposa cariñosa, fiel, honrada; apasionada madre, ángel tutelar de su familia, y la desgracia la rodeaba en todas partes de seres egoístas.

Su corazón, su amor, podría decirse que vagaban en el espacio sin saber dónde posarse.

Cuando su tía y su prima le hablaban de casamiento y le presentaban como esposo al conde de Blanca, ella recordaba sus montañas, las humildes moradas que rodeaban su casa cuando se detenía á descansar de sus largas escursiones en las tardes de otoño: veía á la esposa ocupada exclusivamente en el arreglo de su pobre hogar, cuidando á sus hijos con tanta solicitud y cariño, instruyendo á los mayores, distrayendo á los pequeños, alimentando con su sangre el último; y luego una canción, una voz amiga, amada, siempre esperada con ansia, se oía allá á lo lejos y se acercaba, se acercaba, difundiendo en todos los semblantes alegría y felicidad: los unos corrían á recibir al que cantaba á la mitad del camino; los otros salían á la puerta; y hasta el que lactaba dejaba el pecho de su madre y levantaba su inocente rostro sonriendo á su padre como los ángeles sonríen á Dios: una velada de paz y tranquilidad sucedía á las fatigas del día, y aquella mujer, vestida de percal y lana burda, se encontraba más orgullosa que una reina, al lado de aquel hombre de manos callosas y tostada tez.

Su prima se burlaba de ella y le decía que en la alta sociedad no hay matrimonios desgraciados, ni las esposas ni los maridos se aburren, porque tienen fiestas y saraos donde distraerse y aturdirse para olvidar.

—En nuestra clase, decía la marquesa, los casamientos son de conveniencia, no de amor. El deber de nuestro rango nos obliga á sacrificarnos.

Hasta el íntimo amigo del padre de Laura, el duque de Salices, respetable anciano, que ya había olvidado el ardor de la juventud, pero que su talento le manifestaba la mala posición de la hija de su amigo en casa de sus tíos, aconsejaba á Laura que diese su mano al conde de Blanca.

Laura había suplicado con lágrimas en los ojos, con la desesperación en el corazón, que la dejaran volver á sus montañas; pero se la había prohibido ni aun siquiera pensar en semejante desatino.

¿Qué se diría! Era preciso, indispensable, que hiciera

una boda magnífica, ruidosa, que se hablara mucho de ella.

Y cansada de luchar, estaba próxima á ceder.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

—Porque el Divino Legislador ha dicho: que la mujer debía abandonar á sus padres y seguir á su marido hasta los últimos confines de la tierra.

—¿Y quién es vuestro marido?

—Jorge Viazemski, á quien me unió, señor, vuestra misma mano.

—El rey ha anulado vuestro enlace.

—Juramentos que se hacen á Dios no tienen poder para anularlos los reyes de la tierra.

Mnichek sintióse impotente para dominar su cólera, y se levantó fuera de sí, exclamando:

—Lo que juzgais que un rey no puede desatar, yo sabré romperlo con la fuerza; ahora mismo van á conducirnos á vuestras habitaciones, en donde quedareis reclusa para siempre.

—Podeis conducirme á donde os plazca, interrumpió Marina con su majestuosa calma. Al pisar estos umbrales habia calculado todas las consecuencias de mi atrevida resolución, y las habia aceptado resignadamente. No es por mí por quien vengo á pedir vuestro amparo: escuchadme.

La hija del Palatino de Sandomir ha sido bastante dichosa en medio de su pobreza para salvar la existencia al hijo de Ivan IV, á Dimitri, su único y legítimo heredero.

—Delirais, interrumpió Mnichek, Dimitri murió hace ya muchos años asesinado en Uglitch.

—Tengo pruebas incontrastables de lo contrario. El mismo príncipe os las mostrará si os dignais admitirle á vuestra presencia.

Ahora bien; descubierta su asilo, que era mi casa, perseguido por todas partes, viéndose precisado á huir de Rusia, yo le ofrecí la hospitalidad en vuestro nombre. He hecho más: le he ofrecido vuestro auxilio, y tal vez el de Polonia, para arrebatar de las manos de Boris el usurpado cetro. Dimitri es noble y leal; al que le ayude en su empresa otorgará magníficas recompensas.

—¿Pero es esto posible? exclamó Mnichek vacilando entre el temor y la esperanza. ¿No habreis sido engañada por algun astuto impostor?

—No: entre otras muchas pruebas de su nacimiento, Dimitri lleva al cuello una joya de gran valor, en cuyo centro se oculta un distico escrito por el mismo Ivan, al regalársela al más amado de sus hijos.

—¿Pero en dónde, en dónde se halla ese príncipe esclavizado? exclamó el Palatino transportado de entusiasmo; conducidme á mi presencia.

—Se halla á las puertas del castillo juntamente con mi esposo.

—Pronto, suenan los atabales y trompetas, echense al vuelo las campanas, pónganse los soldados sobre las armas, dispónganse los mejores aposentos para recibir á tan ilustre huésped. Pero, entre tanto, precededme, hija mía; vamos á tenderle nuestra mano hospitalaria. ¿Dónde están los diez hijos, honra y gloria de mi casa? Corred á Sandomir y avisadles la llegada del hijo de Ivan IV.

Al hablar así Mnichek, se precipitó fuera de la estancia, dejando á todos sus servidores estupefactos.

Cerca del anochecer de aquel día, la sala del banquete estaba espléndidamente adornada con trofeos, entremezclados con guirnaldas de flores. En el centro se elevaba una prolongada mesa cubierta de humeantes manjares. Ocupaba Mnichek la testera, juntamente con su cuñado el príncipe Visniovski, y tenía á Marina á su derecha y á Dimitri á su izquierda; seguían á éste los cinco hijos mayores del Palatino, y á Marina los cinco más jóvenes. Jorge se hallaba sentado junto á su esposa, la cual se habia opuesto tenazmente á que ocupase el lugar inferior de la mesa, que Mnichek le habia destinado.

Veinte pajes con hachones iluminaban la sala, otros veinte presentaban las doradas copas llenas de espumoso licor á los ilustres comensales.

A pesar de que habia llegado ya el momento en que las frecuentes libaciones comunican vivacidad á las palabras, la conversacion era grave y sin cesar interrumpida por un embarazoso silencio, porque cada cual tenia su imaginacion ocupada con sus particulares intereses.

Los ojos de Jorge brillaban como centellas iluminados por el proyecto generoso que bullia en su mente.

Mnichek pensaba en los medios de ceñir la corona rusa á las sienes de su yerno futuro y manejar luego en su nombre el cetro soberano.

Marina se sentia humillada al ver el mezquino papel que la suerte obligaba á representar á su esposo, y sus mejillas se teñian de púrpura cada vez que los pajes le presentaban la copa reprimiendo una sonrisa mofadora.

En cuanto á Dimitri, estaba sorprendido con las diversas escenas de la vida, tan nueva para aquel que habia pasado su juventud en un oscuro calabozo, y en medio de su candor no acertaba á distinguir la artificiosa amabilidad de Mnichek, de la franca amabilidad de sus antiguos amigos.

Sólo los diez hermanos de Marina eran los que se abandonaban sin reserva á su alegría, é interrumpian el pesado silencio con sus chanzas y sus graciosas anécdotas de caza, guerra y amores. Con aquella dulce expansion, compañera inseparable de la juventud, daban gracias á la Providencia por haberles devuelto á su hermana y al en otro tiempo alegre compañero de sus juegos infantiles, sin avergonzarse por el triste estado á que se veia reducido aquel á quien su hermana daba el título de esposo.

¡Juventud! dulce y fugaz período de la vida, eres como la flor llena de hermosura y perfumes; pero cual ella ¡ay! duras tan solo un día. ¡Eres como el inocente pajarillo que se mece sobre la verde rama, y tanto si ésta se halla blandamente agitada por la brisa como por el furioso huracan, sólo sabe cantar amores! ¡Juventud, fuego fatuo, pero de vivísimos destellos, que surges de entre las tinieblas y en las tinieblas te sumerges para siempre! ¿Quién habrá que al verte marchitada no te llore? ¡Triste condicion humana! ¿Por qué ha de ser tan corto el placer, si es tan largo el sufrimiento?

Mezquina por demás debe ser el alma que en la aurora de la vida no renuncie al vergonzoso yo, que es el ídolo de la infancia, el dios del hombre, y vuelve á ser el ídolo del caduco anciano. Por poca nobleza que abrigue un corazón de veinte años, ¿quién será capaz de describir el piélago insondable de amor, de abnegacion y de esperanza en que se mece? ¡Dulce edad, edad preciosa en que el sentimiento es la esencia de la vida! ¿Quien en ella no alce templos á la virtud, debe renunciar á conocerla!

¡Ay, poco importaria que las arrugas surcasen nuestra frente, que blanqueasen nuestros cabellos, que nuestras fuerzas enervadas desaparecieran, si el tiempo en su revuelto torbellino no se llevase consigo tambien la esperanza y el sentimiento! ¿Para qué sirve la marchita flor sin belleza y sin perfumes? ¿Qué le queda al pajarillo, si no puede entonar variados trinos? ¿Por qué no nos roba el tiempo la existencia, al apagar la mágica antorcha que nos da calor y nos alumbra?

(Se continuará.)

SALONES Y TEATROS.

De fiestas y singular animacion ha sido la semana transcurrida: recepcion en el regio alcázar; gran revista, en que los rayos de un sol brillante han permitido á las damas vestir lujosas galas y lucir los militares sus bordados uniformes; comida espléndida en Palacio, y baile en el nuevo hotel de los señores duques de Bailén, notabilísimo tanto por la numerosa y elegante concurrencia, cuanto por la aparicion inesperada en sus salones de S. M. el rey y su augusta hermana.

Iba el monarca vestido de etiqueta, sin condecoracion alguna, llevando únicamente en el ojal del frac un ramillete de flores, y la princesa ostentaba un bello traje blanco y azul con aderezo de perlas y brillantes.

A poco de entrar S. M. y A. se organizó el primer rigodon, que el rey bailó con la dueña de la casa, y la princesa con el esposo de ésta; durante el resto de la noche, los dos augustos hermanos tomaron parte en todos los walses y quadrilles que se bailaron.

De igual distincion gozó la señora condesa de Superrunda, cuyo palacio de la calle de San Vicente estaba magníficamente decorado é iluminado, ofreciendo un aspecto digno de las reales personas que iban á honrarle con su presencia.

A las diez se habian ya llenado los salones, y á las doce y media llegaron S. M. y A., acompañados de la señora marquesa de santa Cruz y marqués de Alcañices. El rey vestia de frac, y la princesa lucia un traje de gró blanco con tules y encajes blancos, y una diadema de brillantes.

Bailóse el primer rigodon, efectuándolo S. M. y A. respectivamente con los dueños de la casa. Despues el rey bailó un wals con la condesa de Xiquena y otro con la señorita de Ahumada, y la princesa con el conde de Guayqui y el marqués de Casa-Irujo.

A las dos se abrió el buffet, que estaba espléndidamente servido, terminándose pocos momentos despues esta brillante fiesta, cuyo recuerdo conservarán con sumo júbilo los que tuvieron la fortuna de asistir á ella.

La amable dueña de la casa vestia un rico traje de seda blanca, adornado con encajes negros y aderezo de brillantes y esmeraldas.

Entre las damas que se hallaban más cerca de nosotros, distinguimos á la marquesa de Bedmar, con vestido de seda verde-mar y encajes blancos; la señora de Calderon, negro con encajes blancos; gris guarnecido de blanco, la condesa de Villalobos; la marquesa de Santa Genoveva, rosa y blanco; condesa de Heredia Spínola, verde y negro; condesa de Ahumada, negro con encaje blanco. Con igual elegancia vestian todas las demas señoras, cuyos nombres es inútil citar, porque son los de todas las damas que componen la aristocracia madrileña.

Suntuoso y en extremo concurrido fué el acto que se

efectuó en San Isidro para investir á S. M. con el manto de las cuatro órdenes militares.

Asistió el Cuerpo diplomático, en traje de etiqueta los hombres, y las señoras con vestidos claros y escotados; los embajadores birmanos, con sus caprichosos trajes, y cuantas personas distinguidas figuran en la corte.

La princesa de Asturias y la viuda del infante D. Sebastian llevaban vestidos de terciopelo, violeta la primera y morado la segunda, con velos de encaje.

El acto fué solemne y conmovedor en extremo.

Poco podemos hablar de los teatros. El drama del señor Echegaray, *Locura ó santidad*, ha logrado, como todos los de este autor, suscitar grandes discusiones.

No entraremos nosotros en el terreno de la exagerada alabanza ó la amarga censura; pero si diremos que lo que nada enseña, lo que no resuelve ningun problema social, lo que no es útil ni al corazon ni al entendimiento, lo que sólo siembra confusion y dudas en la conciencia, no es digna produccion de un hombre honrado y un escritor de valia.

Sin embargo el drama tiene un mérito muy grande á nuestros ojos; el de haber revelado al público las grandes dotes artísticas de la Boldun, que está verdaderamente inimitable.

En el teatro de Apolo, se representó el *Mejstófeles*, alcanzando justísimos aplausos la señorita doña Carmen Cros, que salia por primera vez á la escena, la Perlá, Carceller y Rosell.

En el teatro de la Zarzuela se ha representado con éxito sumamente lisonjero *La muerte de Garcilaso*, letra del Sr. Arnao y música del Sr. Espinosa, á quienes enviamos nuestra más cordial enhorabuena.

VÍCTOR CUENDE.

Más soluciones á las charadas que aparecieron en el número 1.º de EL CORREO, correspondiente al 2 de Enero, por las señoras Doña J. M., de Fuentesauco; Doña Mercedes Loveña, de San Roque; Doña Gertrudis Muñoz, de Pau, y las siguientes:

I.

Eran los hijos de Ali
Entusiastas por mirar,
Lo que en los cielos brillar
Muchísimas veces vi,
Que es el Can, constelacion,
Que refleja luminosa
La Cantina tenebrosa
Y la régia habitacion.

Quien salud quiera tener
Procure usar de la tina,
Y de toda Alicantina
Se tiene que precaver,
Que en el diccionario hallo
Se puede á dama aplicar,
Y tambien significar
Astucia, treta ó engaño.

II.

Leo siempre el Calendario,
Y no he encontrado en mi vida
En él, ni en ningun diario,
Nombre tan estrafalario
Cual es el de Leonidas.

ROSARIO HORE DE GASCÓ.

Valencia 3 Enero 77.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 3 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Enero, por las señoras Doña Carmen Otero, de Albacete; Doña Fausta Jimenez, de Sigüenza; Doña Antonia García, de Tuy; Doña Josefa Mendez, de Pamplona; Doña Justa Rodrigo, de Sevilla.

I. ROMPECOCHE.

A LA II.

La charada publicada,
Remitida de Figueras,
Cuyo todo es una planta,
Esta ha de ser Tomatera.
Porque su fruto maduro
Color de grana semeja,
Y ántes de estarlo, en vinagre
Dicen que es cosa muy buena.
Que á la autora guste más
El Té, ó sea tercera;
Que el otro líquido mate,
Sea muy enhorabuena:
Si en el Paraguay viviese,
Su parecer otro fuera.
¡Vaya en gracia el cuadrupillo
Con toda su forma bella!
Lo que tenga de ofensivo,
Que lo digan las despenas.
Venga, pues, otra charada,
Ya que ésta acertada queda,
De la joven ingeniosa;
Que la práctica es maestra
Siguiendo con decision
Por esta instructiva senda,
Que entretiene á las personas,
Al mismo tiempo que enseña:
Pues con firme voluntad
No hay cosa que no se venza.

JERÓNIMO COUDER.

19 Enero de 1877.

LOGOGRIFO.

Es un nombre de mujer,
De siete letras formado,
Tres vocales; y si quieres
Combinarlas con cuidado,
Dan prenda de militar,
Y de la baraja un palo;
Varios verbos: un metal,
Por cierto muy desado;
Un mecanismo, una fiera;
Sensacion, defecto malo;
Un artículo, dos notas,
Una cantidad, un pájaro;
Cierto Dios, y un sér que tiene
un final muy desgraciado;
Y muchas cosas que omito,
Porque se va haciendo largo.

MIQUEL AGUILAR.

Játiva, 15 Enero 1877.

EL AGUA DE COLONIA.

Sevilla, la ciudad de Murillo, tiene su azahar delicioso; Colonia, la ciudad de Rubens, su perfume preciado, el agua de Colonia.

El uno se debe á la naturaleza, ofreciéndose grátiis á cualquiera que respire las auras perfumadas en la grata ribera del Bétis; el otro es obra del arte de la química, vendiéndose en lastiendas. Pero la gloria de haber sido la patria de aquella esencia preciosísima que se llama agua de Colonia, y que hace un papel tan importante, así en el tocador de las damas como en el cuarto de los enfermos, no corresponde, á la verdad, á la ciudad del Rhin, sino á los huertos, al Eden hermoso de Italia, pues de plantas criadas en el florido suelo de Hesperia (1) fabricó por vez primera aquel elixir peregrino, según dice expresamente la *Crónica colonense*, un merced de Milan y de nombre Juan Pablo de Féminis, que á fines del siglo XVII emigró á Colonia, y que en 1727 mereció las alabanzas de la Universidad de la metrópoli del Rhin, por su incomparable agua, que desde entonces se llamó de Colonia.

Su arcano lo dejó por herencia á su sobrino Juan Antonio Farina, que fundó una casa en la Hochstrasse de Colonia, casa que, en honor de la patria del primer inventor, fué bautizada con el nombre de *La Villa de Milan*.

Hoy día existen en Colonia Farinas innumerables, disputándose todos el honor de poseer la genuina, la legítima agua de Colonia, y haciéndose esos padres infinitos de aquel elixir portentoso la guerra de un modo tan cruel como los Montequi y Capuleti, los padres de Romeo y de Julieta. Llamaremos entre esos Farinas á Juan María Farina, enfrente de Jülichplatz, quizá un pariente de Juan Alonso Farina; pero la palma de haber inventado el

(1) Nombre que los griegos daban á Italia, y los romanos á España.

la misma casa de Hochstrasse que poseía su antepasado, el que en su agua acreditada en el mundo entero, hizo tan famosa alianza entre los aromas de Italia y la Roma alemana, la ciudad de Colonia.

Explicacion del Figurin 1.252.

TRAJES DE BAILE.

FIG. 1.ª Traje de baile para señorita. — Este traje es tan sencillo como lindo: puede hacerse de tarlatana á muy poco coste. El transparente puede ser de seda ó muselina adornado por abajo con dos ó tres volantes plegados. La túnica, cuadrada por delante y atrás en el costado derecho, es redonda y cerrada en el costado izquierdo. Está hecha en un solo pedazo de tarlatana puesta al biés y drapeada; se fija en el costado por debajo del bullo-nado de atrás, y va guarnecida toda alrededor con un volante y una ruche. Lleva una limosniera plegada en el costado derecho, decorada con un grupo de claveles encarnados y blancos, de los que parte una caída de las mismas flores que sube por atrás, y atravesando el delantero va á morir en el bajo de la túnica. Cuerpo de aldetas prolongadas y muy ceñidas de escote cuadrado, y manga corta adornada con plegados de tarlatana y flores. Claveles prendidos entre el cabello.

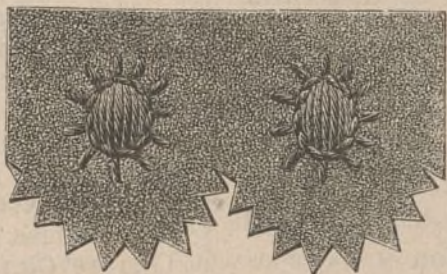
FIG. 2.ª Traje de baile para señora casada. — Es de armure de seda azul; la falda guarnecida de plisés, la túnica guarnecida con un magnífico galon bordado con plata.

La limosniera-cucurucho, formada con tres tablas, sostiene el drapeado de la túnica. Cuerpo abierto en corazón y adornado con un fichú de Malinas; mangas de encaje; collar, medallón, pendientes y brazalete de oro; guantes paja; una rosa blanca con follaje en el peinado.

Ha llamado mucho la atención la preciosa galop *La maille de Judes*, de Lamothe, que la orquesta del teatro de la Zarzuela ejecuta durante el sorprendente ejercicio que ha inaugurado en Madrid la señorita Anguinet. Se vende en casa del conocido editor Sr. Vidal, hijo, que ha adquirido la propiedad.

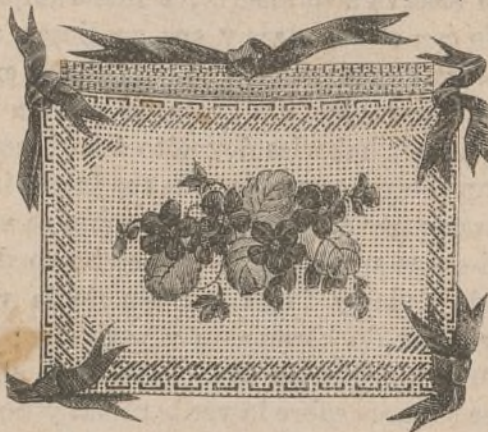


32. Delantero de la coraza n.ºs. 31 y 33.



35. Tira de paño para la canastilla n.º 34.

34. Canastilla. (Véanse los n.ºs. 35 y 36.)

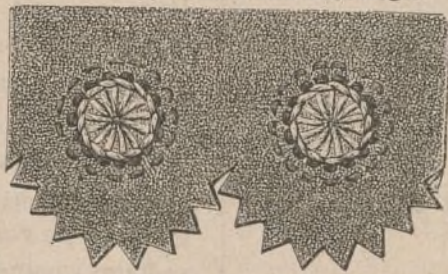


37. Perta-agujas. Papel cañamazo.



39. Canastilla montada. (Véase el n.º 40.)

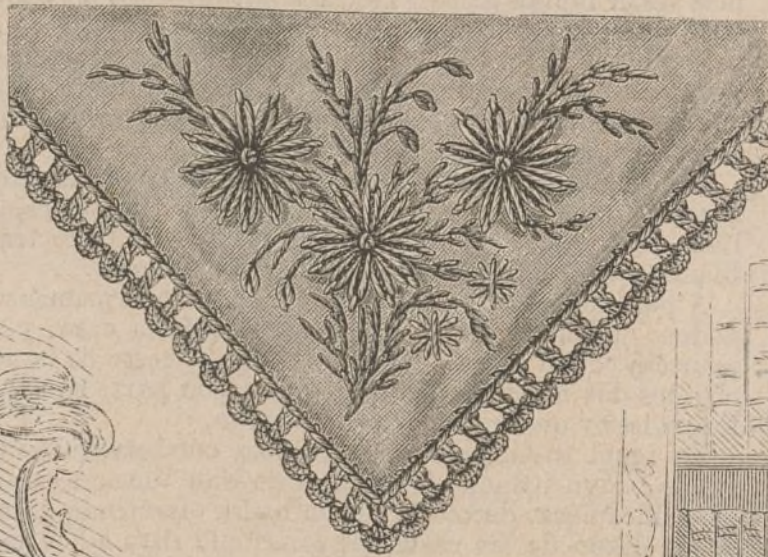
38. Fichú de encaje negro.



36. Tira de paño para la canastilla n.º 34.



41. Traje para visitas.



40. Lambrequin para la canastilla n.º 39.



33. Delantero para el cuerpo n.º 32.

agua de Colonia; no puede ser robada á Juan Pablo de Féminis, cuyo arcano, como la misma familia de los Farina se vió obligada á reconocer en un acto jurídico hecho en 1789, lo guardaba primero Juan Antonio Farina, y después de muerto éste, una rama de su familia que aún hoy existe, teniendo su almacén en



42. Traje para paseo.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª, 2.ª y 4.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.ª, 3.ª y 4.ª, el pliego de dibujos para bordados.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Graess.

Ayuntamiento de Madrid